…

Cuando empezaron a llegar los hijos y a crecer la familia, el trabajo de José ya no bastaba y fue entonces cuando empezó a trabajar en la fábrica de Ácidos. Isabel estaba pensando en todo ello y en aquellos años de felicidad, a pesar de las preocupaciones y del duro trabajo para criar a aquella familia numerosa. José sacaba de casa a toda la prole endomingada. Isabel no era tan alegre como él y a menudo se negaba a salir a pesar de los ruegos del marido. Prefería verlo marchar con todos los pequeños, mientras ella les contemplaba detrás de los visillos del salón. José rodeado de hijos se volvía una y otra vez, para decirle adiós con la mano, hasta que desaparecía en el recodo de la carretera. Tal vez para Isabel, aquel momento significara un poco de reposo, de tranquilidad, pero José se iba con el corazón en un puño por aquella corta separación que no siempre comprendía y que a menudo le echaba en cara.

Y ahora quería que se fuera sola. Si José prefería el exilio y la separación, es que las cosas iban muy mal. De nuevo se repitió que ella no se iría. A pesar de una apariencia frágil y menuda, Isabel ocultaba una fuerza de carácter extraordinaria.

Miró un momento a su marido, lo vio vencido por el sueño y también se dispuso a hacer lo mismo, mientras volvía a repetir como una letanía, que ella estaría siempre al lado de su marido “en lo bueno y en lo malo” como había prometido el día de su boda.

El reloj de campana dio las doce. Ya era muy tarde y al día siguiente aún quedaba mucho por hacer. José en la fábrica y ella con la costura, las pruebas y los encargos que había de terminar a tiempo.

Y contentos que estaban de tener trabajo en una España, donde a pesar de los esfuerzos que había hecho la República, seguía habiendo miles y millones de pobres. Ellos poseían lo indispensable, porque José trabajaba en los hornos, uno de los lugares mejor pagados, pero también los más penosos de la fábrica. Eso lo sabía bien Isabel, porque cuando llevaba el mono y la muda para casa, iba quemada y llena de agujeros. Pero como él decía “Tengo que mantener a una familia numerosa”. De nuevo Isabel pensó que no les faltaba nada para ser felices, si no fuera por aquella maldita guerra. ¿Qué iba a ser de ellos?... Pero ¡no!, ella no se iría sin su marido! Y se durmió, resuelta y segura de su decisión.

De repente la perra Diana empezó a ladrar inquieta. El reloj de campana acababa de tocar en el silencio de la sala en penumbra, cuatro campanadas acompasadas que contrastaron con un ruido desacostumbrado en la calle; como si se fueran abriendo todas las puertas o se dieran golpes en ellas. Luego luces que se encendían, voces y silencio… Los esposos se despertaron casi al mismo tiempo y se miraron sorprendidos, aún aturdidos por el sobresalto. Ahora estaban despiertos todos los miembros de la casa, mientras la Diana corría de un lado para otro, agitada y ladrando. Ya estaban llamando con golpes en la puerta, mientras José se ponía los pantalones; cuando llegó vio a su hijo Alberto, de unos doce años, que estaba ante la puerta abierta, asustado y deslumbrado por la linterna que le enfocaba.

−¿José Solano?

Éste asintió con un movimiento de cabeza, sin pronunciar palabra. Isabel ya estaba a su lado, echándose una toquilla sobre los hombros, encima del camisón.

−¿Pero qué pasa? −murmuró con la voz quebrada por la inquietud. José no tuvo tiempo de contestarle.

El hombre de la Brigada de Intervención le dijo: “Tiene que venir a declarar”.

−Es que tengo que entrar a trabajar a las cinco, en el turno de la mañana.

−No se preocupe, ya está todo arreglado.

−¡Dios mío! ¿Pero de qué se le acusa? −volvió a decir Isabel.

−Son órdenes. Él sabrá lo que hizo.

Todos los hijos habían llegado en cuestión de minutos, y rodeaban al matrimonio con caras despavoridas. Las pequeñas Chatina y Uca lloraban sin saber exactamente por qué. José las acarició y luego miró a su mujer a los ojos.

−No os preocupéis. No he hecho nada. Voy a volver.

Luego siguió a los dos miembros de la Brigada en silencio. Algunas puertas del vecindario seguían abiertas y los vecinos atónitos permanecían en el umbral, esperando la orden para poder entrar en el interior, entre inquietos y aliviados porque esta vez no les había tocado a ellos.

Isabel le vio irse con la zamarra de paño azul marino y el cuello de rizo que tan bien le sentaba y que guardaba para las ocasiones especiales. La otra, más usada y que ponía para ir al trabajo se había quedado colgada de la percha. A sus cuarenta y cinco años aún era un buen mozo, pero lo que impresionó a Isabel es que no llevaba los hombros vencidos, al contrario, iba derecho y digno, como queriendo mostrar que su conciencia estaba tranquila. Con aquella actitud su marido le estaba diciendo “Isabel volveré porque demostraré mi inocencia”.

Se quedó mirando detrás de los visillos, pero esta vez José no se iba de paseo con los hijos… ¡de paseo!... e Isabel se estremeció ante el significado de esta palabra. Al llegar al camión, le dieron un empellón, para que subiera, que le hizo perder un poco el equilibrio, pero José se rehízo y se subió a él de un salto. Dentro del vehículo se adivinaban las sombras de otros detenidos; después el camión arrancó y se perdió de vista en la curva de la carretera.

Dentro de la casa, la Diana seguía ladrando, aullando a muerte y arañando con desesperación la puerta. Se llevaban al amo, al hombre bueno que la trataba con mimo.

Isabel sabía que los llevaban a todos a la Quinta Pedregal, como había pasado hacía dos días con otros obreros de la fábrica. ¡Las represalias por la muerte de un falangista y de un guardia eran numerosas! Antes ya había oído decir que aquel centro de detención, estaba lleno de detenidos que, supuestamente, se habían opuesto al bando nacional o simplemente porque eran afines a la República elegida democráticamente o porque pertenecían a un partido o sindicato. ¡Vete a saber! −ironizó Isabel.

Se decía que allí torturaban y fusilaban sin juicio ni sentencia. Ella se temía que fuera verdad, porque de los que habían entrado en la Quinta de Pedregal, casi nadie había vuelto a casa y José en las circunstancias actuales iba a ser una víctima más. Ante este pensamiento se estremeció. Cuando dio la vuelta se encontró con las miradas aterrorizadas de los más pequeños y de las tres hijas mayores temblando de miedo. Seis pares de ojos asustados y anegados en lágrimas, seis bocas temblorosas que no podían contener los hipos. Sacó fuerzas de flaqueza para apaciguar tanto miedo y dolor y les dijo que fueran a acostarse porque padre volvería al día siguiente.

No, padre no había hecho nada, no había razón deinquietarse −se dijo**.**

Isabel ya no pudo irse a la cama; contempló la imagen de la Virgen de Covadonga que tenía encima de la mesita de noche y, como un autómata, prendió una vela. Ella ya venía con el presentimiento de que algo iba a pasar. Se decía que su intuición siempre le daba razón. Por eso aquella noche estaba tan intranquila, por eso y por lo que había pasado en la fábrica, precisamente en el turno donde trabajaba José. Isabel se sintió desfallecer ante la idea de que ya no volvería, y se pasó el resto de la noche rezando, para que la Virgen de Covadonga lo protegiera de todo mal y lo devolviera al hogar.

Al oír cantar el gallo, Isabel salió del ensimismamiento en que estaba sumida desde que se llevaran a su marido. No sabría decir si habían pasado unos minutos, unas horas o una eternidad, mientras revivía los momentos pasados. En espacio de unas horas, habían desfilado por su mente los acontecimientos transcurridos desde el 18 de julio como en una pesadilla, donde resonaban voces lejanas acompañando unas imágenes fantasmales. Ahora José ya no estaba allí, a su lado, para animarla y protegerla. ¿Qué iba a ser de ella, Señor?

Se levantó y para ahuyentar aquellos pensamientos angustiosos, trató de repetir como una sonámbula, los quehaceres de cada mañana, comenzó a preparar el café, pero volvió a sentarse como si un cansancio infinito le impidiera el menor movimiento. Estaba allí en aquella cocina familiar, sentada en el banco de madera, con las manos encima de la mesa, cabizbaja y pensativa, sin poder impedir que la imagen de su marido y la de Armando volvieran a invadirla, cuando sintió llegar a Olga.

−Madre, ¿no quiere acostarse un poco hasta que se levanten los pequeños?

Isabel negó con un ligero movimiento de cabeza, patético y doloroso. Olga fue a sentarse a su lado, sin atreverse a hablar, porque adivinaba los sollozos que estaban pugnando por salir de la garganta de ambas. Respiró hondo y las dos mujeres permanecieron unos minutos en silencio, compungidas.

−Tu padre siempre fue un hombre protector, que me infundía confianza en los momentos difíciles, ¿qué vamos a hacer sin él?

Olga se dio prisa en contestar tratando de contenerse, porque no quería demostrarle la mucha pena que sentía por lo que estaba pasando.

−Pero, padre va a volver, ya verá... ¡él no hizo nada malo!

−Es terrible Olga, ¿para qué tanta lucha, tanto sufrimiento, tantos rencores entre gente que antes se estimaba y se respetaba? ¿No ves a nuestra vecina Marita? Desde que le mataron al marido, odia a todo el mundo y va de denuncia en denuncia... ¡Ya ves cómo nos vigila, buscando a Armando! Después Isabel le acarició la cabeza. Olga había heredado de su madre la belleza de un cabello negro azabache que contrastaba con una tez fina y blanca como la porcelana. Cayó un silencio pesado que duró largos minutos, luego Isabel reanudó la conversación con un tono monocorde, mientras la hija apenas respiraba por miedo a interrumpirla. Su intuición le decía que era necesario dejarla hablar y que se desahogara de aquella emoción contenida.

−Ya llevamos dieciocho meses viviendo un calvario, ¿quién iba a pensar que esta guerra iba a eternizarse? Desde entonces los días son interminables, los llevo pasando las noches en vela. Año y medio temiendo por vuestra seguridad, por tus hermanos en el frente... esperando... con el miedo a la aviación, al ruido sordo de la tropa enemiga que llegaba acompañada por los gritos de los moros… pero hasta ahora tenía a tu padre dándome ánimos, tranquilizándome para que no sufriera... temiendo por vosotras cuando teníais que ir al economato de la fábrica, con la aviación amenazándonos.

…